

DORA ANTE EL ESPEJO

Madrid, enero de 1982

El frío seco de Madrid me mataba, el viento que venía de la sierra se metía entre los huesos y no me dejaba respirar. Esperaba con ansia que la entrevista valiera la pena, estaba agotada de trabajos de mierda. Lo único lindo era ese cielo azul con un sol de invierno que acariciaba la cara y daba vida. ¿Iré bien vestida? La voz al teléfono parecía rara, con acento extranjero pero con un buen el castellano. Yo lo único que quería era un laburo que no me hiciera pensar mucho o que me hiciera trabajar mucho para no pensar, qué se yo...ya no sabía ni lo que quería. Llegué al número que tenía apuntado en el papel. Al menos el edificio tenía ascensor, subí los cuatro pisos y toqué la puerta con los nudillos.

- Hola, soy Liliana, la de la entrevista.
- Adelante, te estaba esperando.

La mina iba bien vestida, pensé que debía ser rica. El departamento parecía chico pero luminoso, me gustaba la luz que entraba por una de las ventanas vidriadas. Me metió en la cocina con office evitando el pasillo como si no quisiera que fuésemos a la sala de estar.

- ¿Quieres un café o un té?
- Sí gracias, un té está bien.
- Mi nombre es Oli, creo que no me he presentado.
- Encantada Oli, ¿de Olivia?
- No, de Olimpia, mi madre me lo puso por una política francesa de la época de la Revolución.
- Ya...
- Bueno Liliana, voy a ser clara. El trabajo con mi madre puede ser duro, no es una mujer fácil y menos desde que le diagnosticaron la enfermedad... ¿qué experiencia tienes cuidando ancianos?
- No mucha la verdad, he cuidado más a niños.
- Bueno, mi madre es como una niña por momentos.

Me paré a observarla, el acento seguía siendo extraño, como si no fuese de acá pero lo hubiera sido en algún momento. Su modo de estar y de andar no era como el resto de las españolas que conocía. Tendría unos cuarenta años y un aire elegante un poco impostado.

- Mi madre ha vivido sola hasta ahora, pero el médico ya me ha dicho que no puedo dejarla más así. Yo no vivo aquí, soy francesa, tengo en Lyon a mi familia y mi trabajo y no puedo hacerme cargo de ella más que cuando tengo vacaciones y no siempre. Si no fuese tan cabezota se hubiera venido a vivir con nosotros, pero no quiso. Desde que se jubiló se vino para Madrid, compró este piso en su antiguo barrio y de aquí dice que no la mueve nadie, así que no me queda otra que contratar a alguien que la cuide. Por ahora ella cree que puede hacer muchas cosas pero poco a poco cada vez va a ser menos independiente. No se acuerda muchas veces de lo más inmediato y no para de hablar del pasado, ella que siempre ha sido tan misteriosa con ello...aunque a mí sigue sin contarme muchas cosas. ¿Usted tiene familia?
- No, digo sí, bueno sí pero no acá, están todos en la Argentina.
- Mejor porque esté trabajo es 24/7, menos los domingos que vendrá una prima de mi madre que vive cerca para que usted tenga el día libre. Ya lo he hablado con ella, puede incluso quedarse a dormir alguna noche si usted quiere pernoctar fuera.

La mujer hablaba dando por sentado que el trabajo fuera para mí, me extrañó esa seguridad que no quise poner en duda. La oferta del periódico decía: "Se necesita mujer para cuidar a anciana con Alzheimer en fase inicial. Interna". Cuando llamé pregunté por el sueldo que me pareció mucho mejor que los que había tenido en estos casi cuatro años de camarera y niñera, además ahorraba la habitación que compartía en un departamento a las afueras de Madrid con otros compañeros exiliados. Estaba cansada de hablar de política, estaba harta de todo, quería escapar de allá sin que se dieran cuenta que no podía más, que no podía seguir entregando todo por la causa, por una causa que ya ni me acordaba cuál era, quería volver a estar con mi hijo, quería simplemente volver. Me indicó con la mano la puerta de la cocina y salimos al pasillo, la seguí y pronto llegamos a una sala donde estaba sentada una mujer de unos setenta años con unos penetrantes ojos verdes.

- Mamá, esta es Liliana, te va a ayudar en casa y en lo que necesites.
- Yo no necesito ayuda.
- Ya lo hemos hablado, ya sabes lo que dijo el médico, no deberías estar sola, es peligroso.
- Cosas más peligrosas he hecho yo en mi vida.
- No tengo ninguna duda de ello, pero ahora estás bajo mi responsabilidad y es esto o venirme conmigo, tú verás.
- Eso ni lo sueñes, yo me quedo aquí.
- Bueno, pues te quedarás aquí con Liliana. Está decidido.

El encuentro con las dos mujeres me había dejado el cuerpo raro. Tenía muchas preguntas pero la hija después de presentarme a la madre me despachó pronto. Me dio poco tiempo para poder recoger las cosas de mi departamento. La hija quería la incorporación inmediata. Le dije que al día siguiente podría estar ya allí, total no tenía mucho conmigo.

Tomé el metro hasta el barrio donde vivía, dos trasbordos y una caminata hasta llegar al departamento. Cuando llegué estaba Lucio haciendo empanadas, era domingo y solíamos juntarnos todos los que no trabajábamos ese día para cenar juntos. El resto de la semana a penas nos veíamos la mayoría.

- ¿Qué contás negra?
- Parece que me ha salido el laburo que te comenté.
- El de cuidar a la vieja.
- Sí, ese...bueno al menos parece una vieja canchera...
- ¿Pero no era que estaba gagá?
- Igual está mejor que todos nosotros...

Vi cómo se le empañaba un poco la vista, sabía que no le hacía gracia que me fuera de la casa. Yo era su mayor apoyo sentimental cuando a uno le agarraba esa nostalgia de la patria. Nos habíamos cuidado mutuamente y ese cariño había llevado a algo más, a un afecto sincero y a cubrir las necesidades físicas que los dos teníamos. Pero él sabía que yo estaba rota por dentro y que no podía darle mucho más de lo que le ofrecía. A mí me daba pena él, lo mejor iba a ser que me alejara y que le dejase tranquilo, igual así se agarraba a otra mina y dejaba de hacerse ilusiones con que lo nuestro fuera a cambiar.

Entramos a la sala y estaban el resto tomando mate y charlando acaloradamente de las últimas noticias que habían llegado de la Argentina. Seguían siendo malas, compañeros desaparecidos día tras día, parecía que nunca se iba a acabar ese infierno. Les comenté lo de mi nuevo trabajo y se alegraron, les dije que los domingos volvería a compartir con ellos las tardes de empanadas y confidencias. Carlos el más político de todos me dijo que no olvidase que me debía a la organización y que si me necesitaban tenía que dejar el trabajo, también me preguntó si la vieja era de fiar. Lo de que tuviera una enfermedad mental no pareció tranquilizarle. Haber vivido en clandestinidad te metía la desconfianza en los huesos, cuesta arrancársela a uno, todo el mundo es sospechoso de algo, no te puedes fiar de nadie.

Madrid, noviembre de 1936.

Dorotea subía por la Gran Vía a toda velocidad, llegaba tarde al trabajo. Cuando lo logró tuvo que esquivar los parapetos que habían puesto para proteger el edificio de los bombardeos. Era uno de los pocos rascacielos de Madrid y sede de la sección de prensa y propaganda del Estado. Su trabajo como telefonista junto con sus ideas políticas le había ayudado a quedarse en un puesto de confianza. Militaba en la organización Mujeres Libres que se había creado ese mismo verano a partir de una revista anarquista dirigida por mujeres. A Dorotea las ideas libertarias le habían venido de su abuelo, un viejo soñador que desde pequeña le leía pasquines políticos y le decía que debía luchar por la libertad de la humanidad en su conjunto. A su madre no le gustaba que le metieran a la niña esas ideas, el anarquismo le sonaba a violencia y atentados y le daba miedo. El padre de Dorotea murió cuando ella era pequeña de la gripe española dejándolas solas. Desde entonces el abuelo se había ido a vivir con ellas, todavía trabajaba en una pequeña imprenta, eso junto al dinero que ganaba la madre como modista hacía que la familia viviera sin grandes lujos pero sin faltarles de nada. Gracias al fallecimiento de una tía se quedaron con un pisito en renta en la calle Guzmán el Bueno, a un paso del Parque del Oeste, donde a Dorotea le gustaba tanto ir a jugar por las tardes con su abuelo.

Ya hacía un año que su abuelo había fallecido. En los últimos meses Dorotea no paraba de pensar la suerte que tuvo de no vivir el golpe de Estado y el fracaso de su ansiada república. Gracias a él había recibido una educación que muchas de sus amigas y vecinas adolecían. Se había enfrentado a la madre para que después de los estudios primarios la niña siguiera preparándose en una academia privada, después de eso aprobó las oposiciones de la Telefónica. Ese día fue el más feliz de su vida. Su abuelo siempre le decía que debía ser una mujer independiente, y lo primero era la independencia económica. Cuando leyó su nombre en el listado colocado en la entrada del edificio de Gran Vía sintió que lo había conseguido.

Llevaba dos años entre esas paredes pero todo a partir de la guerra había cambiado. Cuando llegó a su puesto ese día tenía una nota: "Cuando pueda vaya a ver al Sr. Artigas, oficina 20, piso 10". Había conocido al señor Artigas en una reunión con su jefe donde la pidieron que tomara notas a máquina de lo que decían. Recordaba que no consiguió entender muy bien el contenido de la misma y que se limitó a transcribir la conversación sin preguntar. Nunca le había vuelto a ver. Saludó al resto de sus compañeras y sin quitarse el abrigo subió las tres plantas a pie. Cuando llegó tocó la puerta y entró sin

esperar una señal de bienvenida. Se encontró con su jefe, el Sr. González y al Sr. Artigas sentados en la mesa con unos papeles.

- La estábamos esperando.
- Disculpad el retraso, cada vez es más difícil llegar hasta la oficina desde mi casa. Vivo cerca de ciudad universitaria donde está el frente.

Tomó la palabra el Sr. Artigas. Se le veía un tanto abatido, como si tuviera algo entre las manos lo suficientemente complejo que le hacía dudar de si la decisión que habían tomado los dos hombres unas horas antes era la correcta.

- Señorita Lázaro, tenemos una misión que encomendarle.

La palabra misión le dejó el corazón paralizado por un momento, en la organización en la que militaba lo máximo que le habían pedido era llevar las revistas a los quioscos y tareas de alfabetización de mujeres. Otras tenían tareas políticas más importantes y trataban con las demás organizaciones anarquistas dirigidas por hombres, ella todavía era joven y sentía que le faltaba mucho para tener un papel más activo, nunca hubiera pensado que la guerra iba a acelerarlo todo. Su jefe, el Sr. González apuntó:

- Si contamos con usted Dorotea es porque el Sr. Artigas busca alguien de la máxima confianza, estoy muy contento con su trabajo estos meses y confío en que no me defraudará.

La presión que sentía en su cabeza era cada vez mayor. Lo único que había hecho por ahora era asentir sin decir una palabra. El Sr. Artigas continuó:

- No sé si está usted al tanto de lo que está pasando estos días por Madrid, me imagino que con librarse de los bombardeos y llegar al trabajo habrá tenido suficiente. Pero le comento en régimen confidencial que se ha sacado a muchos de los adeptos al golpe que habían sido detenidos y estaban en las cárceles y también se ha ido a por otros a sus casas para llevarles a Valencia por miedo a que pronto entre el enemigo a Madrid.
- No, no sabía nada.
- Uno de los pisos donde entraron era de uno de los hombres más ricos de la capital, era viudo y vivía solo. Los camaradas no solo se lo llevaron a él sino también gran parte de lo que había dentro de la casa, entre todo estaban las joyas de su difunta esposa.
- ¿Por qué hablan ustedes en pasado? Había entendido que habían sido detenidos para llevarles a Valencia.

- Sí, ese era el plan inicial pero no el final por lo que parece. Tanto el señor Murrieta como los demás han sido fusilados y enterrados a las afueras de Madrid, en Paracuellos principalmente.

A Dorotea le corrió un sudor frío por la espalda. No quiso preguntar de cuánta gente estaba hablando, entendía que estaban en guerra pero también veía en la cara de su jefe cierto estupor cuando el Sr. Artigas anunció el fusilamiento de los detenidos, daba la sensación que no había sido una decisión unánime dentro del Gobierno. En los meses que llevaba la República en guerra Dorotea tenía la sensación de estar trabajando para un cuerpo que tenía múltiples cabezas. Ella pertenecía a una organización que quería aprovechar la situación para progresar en su idea de revolución, otros querían salvar la República y otros daban la sensación que se movían por intereses externos, principalmente soviéticos.

- Su misión es hacerse pasar por una señora de la alta sociedad madrileña que escapa de la capital para juntarse con su familia que estaba veraneando en San Sebastián cuando les pilló el inicio de la guerra. Para ello le haremos una documentación falsa y entrará a la zona controlada por el enemigo desde donde viajará hasta Francia. Una vez allí, tendrá que darle la maleta que le entregaremos a un señor que responde al nombre de Luis Pascal y que la buscará en el Hôtel du Palais en Biarritz.

El señor Artigas, paró para tomar agua y abrió un armario que tenía a su derecha. En vez de lo esperado, había decenas de prendas de diferentes colores y texturas, todas confeccionadas con las mejores telas.

- Entre las cosas que interceptaron en la casa de los Murrieta están todos los vestidos de la señora, puede escoger los que necesite para su viaje, recuerde que tiene que parecer una mujer distinguida tanto en formas como en fondo. Para ello se le va a dar un cheque en divisa extranjera para que gaste en lo que necesite hasta que cumpla su misión.
- ¿Y una vez la haya cumplido?
- Recibirá noticias nuestras. No puedo engañarla, la misión no es fácil y puede encontrarse con múltiples contratiempos. Sobre su vuelta a España es incierta y dependerá de cómo evolucione la guerra. En cualquier caso es posible que esté más segura en Francia que en Madrid por el momento. Le soy sincero, a estas alturas no podemos recibir un no por respuesta, ya nos hemos expuesto a demasiadas confidencias con usted, sabemos que milita en una organización anarquista y que algunos de sus grupos no están especialmente de acuerdo en cómo está actuando el gobierno, pero recuerde que usted es una funcionaria pública y debido a esa naturaleza es por lo que le encomendamos esta misión. Yo soy el jefe de la oficina de

contraespionaje republicano y a partir de ahora deja usted de estar a cargo del señor González para pasar a nuestro departamento.

Vio como el señor González la miraba compungido, en los meses en los que habían estado trabajando mano a mano en la oficina de Prensa Extranjera se habían contado la vida, él sabía lo apegada que estaba a su madre y que eso la obligaba a quedarse sola en un Madrid en guerra. Los dos miraban a Dorotea expectantes, ella sólo dijo:

- ¿Cuánto tiempo tengo para arreglar toda esa ropa? A la vista está que no soy de la misma talla que la difunta señora de Murrieta.
- Le enviaremos una maleta con la ropa y otros enseres a su casa, en una semana tendremos la documentación hecha y se llevará también la maleta que tiene que entregarle al señor Pascal. Entonces le daremos las instrucciones para salir de Madrid sin levantar sospechas.

Foz de Iguazú. Frontera entre Argentina y Brasil, agosto de 1976.

Liliana esperaba sentada en la recepción del hotel. Miraba como los turistas de diferentes partes del mundo se acercaban al mostrador para preguntar por los precios de entrada al parque y cómo tomar el colectivo que les llevaba hasta el inicio del recorrido. No paraba de pensar lo absurdo que era el mundo en el que vivía. Mientras unos morían otros seguían disfrutando como si no pasara nada. Todavía tenía la noche de la emboscada grabada a fuego, no podía dormir tranquila. No se creía que hubiera podido escapar y se sentía culpable, no entendía por qué ella sí y los otros no. Todo había ido muy rápido desde aquel día. Lo más duro fue la visita a sus padres a La Plata. Ellos nunca habían entendido la militancia de su hija y la exposición al peligro que ello suponía. Creían que todo era culpa de Daniel, ese chico que conoció en la universidad y que le había llevado a cambiar tanto. Después estaba ese embarazo antes de terminar los estudios por los que habían apostado sus padres, la entrada en la militancia más activa y por último la clandestinidad. Allí fue cuando les hizo entrega del pequeño Germán, desde entonces hasta la vuelta a escondidas para despedirse, el niño ya andaba solo y miraba a su madre como a una desconocida.

- Tengo que salir del país. No puedo quedarme acá, sería peligroso para ustedes y para el niño también, no saben de lo que son capaces de hacer los milicos.
- Pero hija, cómo fuiste tan pelotuda...te creíste que ibas a cambiar el mundo con esa panda de muertos de hambre...dejame que hable con el gobernador de la Provincia, una vez estuvo en mi oficina y seguro se acordá de mí, a ti no te pueden tocar.

A Liliana esa actitud de su padre le encendía por dentro. Seguían sin darse cuenta de lo que estaba pasando en el país, se pensaban que iba a ser como otro de los tantos golpes de Estado que jalonaban la historia de la Argentina. Pero este era diferente.

- Pa, se llevaron a Daniel y al resto de los pibes con los que vivía. Esto no es broma, los viejos de muchos de ellos también pensaban que moverían unos hilos y que pronto se terminaría todo, pero la realidad es que no se sabe más nada de ellos. Yo no puedo quedarme acá, me han ofrecido poder ir a Europa a intentar trabajar desde el exterior en contra de la dictadura.
- ¿A Europa? ¿Y se podé saber cómo vas a llegar hasta allá si tan peligroso es todo?
- Eso es mejor que no lo sepan, cuanto menos sepan mejor para ustedes y para el niño. Recuerden que yo no vine acá, que desde hace casi un año no me ven y que no saben nada de mí.

La madre de Liliana no paraba de llorar y el niño la miraba extrañado. La despedida fue terrible, cuando tomó de nuevo el coche pensó que igual lo mejor que la podía pasar es que en el camino a Buenos Aires tuviera un accidente y se acabara todo. La desaparición de Daniel la había dejado rota por dentro, no podía imaginarse la militancia sin él. Ahora tenía que empezar ella sola, ya no la iban a tener solo para labores de enlace, ahora la querían en primera línea y no sabía si se sentía preparada. Después de aquella noche consiguió ir a dormir al departamento de otros compañeros del partido. Desde ahí rápidamente se pusieron en contacto con ella para contarle el plan. Tenía que viajar hasta la frontera con Brasil donde se encontraría con un tipo que la iba a proporcionar un pasaporte falso, con él cruzaría la frontera como una turista y de allí viajaría a Sau Paulo donde tomaría un vuelo a Madrid, allí le esperarían otros compañeros que como ella se habían escapado.

Estaba absorta mirando a un grupo de gringos todos uniformados con sus gorros de explorador cuando alguien se acercó a ella y se sentó a su lado.

- Hola Lili, soy Sebas ¿cómo andás?

El chico que estaba a su derecha debía tener su edad aunque parecía mayor, el sol de la selva le había arrugado las facciones. Traía una chaqueta azul marino, era invierno aunque allí no se notaba tanto como en Buenos Aires, ella estaba acalorada. La tomó de la mano y subieron al segundo piso donde él tenía una habitación. Ella iba con lo puesto y una mochila donde había guardado algunos enseres básicos. Cuando entraron en la habitación cerró la puerta y empezó a hablar en un susurro.

- Tenemos un contacto en la recepción y por eso elegimos siempre este hotel. Desde ahora somos pareja. Estamos de luna de miel visitando la zona. Mañana cruzaremos al lado brasileño junto con un grupo de turistas. Una vez allá nos están esperando en un auto para llevarte a una zona segura. Tu nombre ahora es Ana María de Rossi, yo soy Sebastián Rossi, ¿entendés? Si alguien te pregunta venimos de la capital, vivimos en Belgrano, yo soy contable y tu maestra. Cuanto menos hablés mejor.

Tenía una sensación extraña, si todo iba bien al día siguiente sería libre, pero en vez de sentir alegría tenía una pena dentro que la carcomía. Sabía que Sebas no se llamaría Sebastián y que no le volvería a ver después de esos días. Estaba cansada de despedidas y de nombres falsos.

- Ahora si querés podemos bajar a cenar algo al restaurán del hotel, mañana sale la excursión bien temprano.

Se tomaron de la mano de nuevo cuando cruzaron la recepción y Sebas le guiñó el ojo a uno de los chicos que estaba atendiendo a una pareja francesa. Cenaron en el buffet pero Liliana a penas se puso un cuenco de ensalada, tenía el estómago cerrado. Hablaron poco pero de vez en cuando Sebastián le tocaba la mejilla con cariño, lo hacía para no levantar sospechas, tenían que parecer una pareja de recién casados, pero a Liliana ese gesto le transportó a otro lugar, a su cama con Daniel, a tantos momentos compartidos. ¿Dónde estaría él ahora mismo? ¿Qué pensaría de ella si la viese en esa situación? A veces en la organización se había sentido a la sombra de los hombres que la acompañaban, sobre todo de Daniel. A pesar de ser un partido de izquierdas que se decía que luchaba por la igualdad entre los hombres y las mujeres la realidad de puertas adentro era otra. La mayoría de ellas eran “las compañeras de” y así eran tratadas. Sentía que por primera vez iba a ser verdaderamente ella la que guiara los pasos de su vida, pero también sentía toda la presión de las circunstancias que le habían tocado vivir, no podía elegir libremente.

Se acostaron en la misma cama pero separados, ella no pudo pegar ojo en toda la noche. Empezó a pensar qué pasaría si algo iba mal, le había costado tanto llegar hasta Foz que se había olvidado que todavía corría peligro y que no estaba todo resuelto. El despertador sonó a las 5 de la mañana, se ducharon y bajaron a desayunar. Se sentaron junto con el grupo con el que iban a cruzar a la zona brasileña, muchos eran como ellos, o como lo que ellos pretendían ser. Chicos y chicas que celebraran su matrimonio o parejas maduras que habían dejado unos días a los niños para hacerse una escapada. Todos charlaban excitados, ya habían visto la parte argentina del parque y hablaban de lo que les esperaba al otro lado de la frontera. Empezaron a llamar al grupo por sus nombres, era una guía brasileña que hablaba un castellano casi perfecto, cuando grito: Ana María de Rossi, a Liliana le costó unos segundos decir presente. Sebastián la miró con ojos reprobatorios como diciendo: “¡no la podés cagar ahora ché!”.

Todo lo demás pasó como si fuera un sueño, las cataratas era el espectáculo natural más impresionante que nunca hubiera visto, tan apabullada estaba con semejante belleza que se le pasó la mañana volando. A la hora del almuerzo se excusaron del grupo porque se les había olvidado la cámara de fotos en uno de los miradores. Ya nunca volvieron más.

Madrid, febrero de 1982.

Otra noche en vela, esta vieja va a acabar conmigo, según consigo dormirme empezá a gritar como una loca, cuando llegó a su cama ya se le ha pasado. Cuando por la mañana le preguntaba qué era lo que había soñado me decía que no recordaba ni que se hubiera despertado, para mí era desesperante.

Mi trato con Dora empezaba a ser más cordial, al inicio hablaba poco conmigo, parecía que estaba enfadada porque la obligaran a compartir su soledad. Me preguntó por mi país, rápidamente notó mi acento y quiso saber si estaba acá por motivos económicos o políticos. Me acordé de las advertencias de Carlos sobre ser cuidadosa con lo que una decía pero algo en mí sintió que no debía mentirle a la vieja y le dije que militaba en Montoneros. Sorprendentemente conocía la organización. No fue la única cosa que me sorprendió de ella, su biblioteca era estupenda. En todas las casas españolas donde había trabajado apenas había unos tomos de la enciclopedia Laurosse. Pero ella tenía de todo, obras que sabía que habían sido prohibidas en España durante la dictadura. La mayoría estaba en francés lo que hacía que no pudiera leerlas por mi poco conocimiento del idioma, pero sí conocía a muchos de los autores que veía en los tomos cuando limpiaba el polvo de la casa. Tenía mucha curiosidad por la historia de la vieja, me entretenía mirando las fotos que tenía esparcidas por la casa, alguna vez tomaba una y le preguntaba directamente quién era la persona con la que salía. Me encantaba una en la que estaban un grupo de chicas jóvenes que miraban a la cámara sonrientes y decididas, Dora estaba en medio de todas ellas, seguía teniendo esos mismos ojos despiertos y era fácil de reconocer. Luego había otras, una de ellas en una ciudad extranjera con un hombre con abrigo y sombrero de la época, también estaba Dora en la foto, tendría unos treinta años y agarraba al hombre del brazo, él la miraba a ella pero ella miraba directamente a la cámara, parecía triste, como si fuera una foto de despedida. Cuando le preguntaba por las fotos me solía decir que eran recuerdos que se morirían con ella, que no le gustaba hablar del pasado. Pero en otros momentos de repente me empezaba a hablar de nombres y de gente que yo no conocía y es entonces cuando podía intuir algo de su vida pasada, su militancia en una organización anarquista, su vida en Francia primero trabajando de portera en un edificio hasta que consiguió estabilizarse y conseguir llegar a ser profesora de español en un Liceo, pero todo eran retazos deshilvanados, dependía del día que contaba más o menos y si la preguntabas directamente solía cambiar de tema, ella marcaba los tiempos. Nuestros momentos más cercanos eran cuando bajábamos a pasear al Parque del Oeste. Yo solo había ido a ese lugar en las manifestaciones que

hacíamos en contra de la dictadura que solían salir de allá por estar la estatua de nuestro prócer de la independencia el general San Martín. A mí me hacía gracia pasear por ese parque rodeado de viejas glorias que habían luchado por la separación con la madre patria y que igual tenían un lugar en la capital del antiguo imperio. Fue una de esas mañanas espléndidas de febrero que anuncian la primavera cuando sentadas en un banco me dijo de pronto.

- Liliana, quiero pedirte un favor.
- Claro Dora, dime en qué puedo ayudarte.
- Necesito que vayas a una casa que te voy a decir y que les entregues algo que te voy a dar.

Yo no era muy experta en la enfermedad que tenía Dora, pero sabía que a veces podía cursar con algún tipo de alucinación o de alteración en la percepción de la realidad. Le seguí el hilo sin interrumpirla. Cuando llegamos a la casa se metió en su cuarto y volvió con una caja que parecía había sido una sombrerera. El terciopelo estaba tan raído que se descomponía cuando uno lo tocaba.

- Son unos documentos que no me pertenecen, los he guardado todo este tiempo pero no los quiero tener más.

Me dio una dirección que quedaba en pleno barrio Salamanca y el domingo siguiente que era cuando la prima de Dora, Lucila, venía a cuidarla, tomé la caja y me crucé la ciudad hasta un portal majestuoso que recordaba a glorias pasadas de carruajes a caballo y decenas de personas de servicio. Lo primero había cambiado, lo segundo parecía que no ya que nada más acercarme a la puerta salió un hombre con librea y me preguntó a quién buscaba.

- Buenos días, preguntaba por el señor Murrieta.
- ¿Qué necesita?
- Venía a dejarle un paquete.
- Si es así, puede dejarlo aquí, yo le haré entrega de ello.
- Si no le importa, me gustaría entregárselo personalmente, es un encargo.

El mayordomo no contestó y se dio la vuelta, entendí que iría a buscar a su jefe. Mientras esperaba me quedé observando el blasón que tenían colgado en una de las paredes y un retrato de un hombre apuesto sentado en un sillón y con un libro en la mano. Miraba directamente al espectador y generaba una sensación de incomodidad como sintiéndote juzgado por sus inquisidores ojos claros, llamaba la atención un retrato dentro del retrato, era

un marco de fotos en la mesa, en él se mostraba una mujer joven con un vestido vaporoso, estaba acercándome a verlo cuando una voz ronca y profunda me sorprendió.

- Buenos días, soy el señor Murrieta, ¿Qué desea?

Desde que Dora me diera la caja misteriosa había estado ensayando ese momento, ella me había pedido que fuera una humilde mensajera, que diese el paquete y que no contestase preguntas, pero mi curiosidad había vencido al encargo oficial. Esa curiosidad ya empezó el mismo día en que la caja llegó a mis manos. La tenía en mi cuarto y cuando cayó la noche la abrí para ver lo que contenía. Principalmente eran cartas, entre ellas había correspondencia entre un tal Fernando de Murrieta y Gonzálbez y diferentes personas. Algunas estaban escritas en inglés y francés pero la mayoría de ellas eran cartas entre una mujer llamada María Antonia y él. Eran cartas de amor, de cortejo y de confidencias, tanto que al leerlas me ruboricé y recordé que estaba rompiendo la promesa que le había hecho a Dora y las devolví a su lugar. Pero desde aquella noche hasta la llegada del domingo no paraba de darle vueltas a la cabeza del porqué de esas cartas en la casa de Dora. En otro de los paseos al parque de esa semana le pregunté por el contenido de la caja a lo que ella me contestó.

- ¿Qué caja?
- La sombrerera que me dio usted el otro día.
- Ay Lili, siempre tan alocada tú. Yo nunca he tenido sombreros, me quedan fatal. Mira que se llevaban cuando era joven pero los odiaba.

Me quedé fría, tanto que hasta dudé de que existiera la sombrerera, luego me paré y recordé la enfermedad de mi jefa, tenía tantos momentos de lucidez que a uno se le olvidaba lo que padecía. Estaba claro que Dora no me iba ayudar a resolver el misterio y estaba dispuesta a enterarme de qué había detrás de esos papeles. Fue en ese momento en que decidí que me iba a hacer pasar por la hija de Dora.

- Buenos días, soy Liliana Lázaro, hija de Dorotea Lázaro Pineda.

La estrategia empezaba con esa frase, desde el principio pensé que al decir el nombre completo de Dora la cara de mi interlocutor mostraría bien sorpresa, interés o rechazo. Nada de eso sucedió. El hombre que tenía en frente debía rondar los sesenta años, pelo cano pero abundante con un bigotito un tanto anticuado para la época. Los ojos eran los mismos que los del retrato que presidía la entrada así como algunas otras facciones.

- Debe disculparme, yo no conozco a nadie con ese nombre.
- Pues ella sí le conoce a usted. Tengo una caja de documentos que pertenecieron a Fernando de Murrieta Gonzálbez y mi madre me ha pedido que venga a entregárselos.

- ¿Mi tío Fernando? Murió en la guerra hace muchísimos años. ¿Qué hace su madre con esa documentación?
- Precisamente eso es lo que he venido a averiguar.

Don Gustavo, que era como se presentó, me invitó a entrar a la casa. Mandó al servicio traernos café y nos sentamos en una sala amplia que tenía pinta de salón de visitas. Abrió la sombrerera y empezó a hojear las cartas. Primero le noté emocionado pero sentí que rápidamente reprimió las lágrimas como si le hubieran educado para nos mostrar en público sus sentimientos. Luego empezó a hablarme de su tío del cual guardaba un cariño especial, no tenía hijos y a él lo trato siempre como si lo fuera. Me dijo que era un intelectual –un intelectual de derechas, pero un intelectual- añadió, y me contó que estuvo trabajando en el cuerpo diplomático durante la monarquía de Alfonso XIII y por ello vivió en diferentes lugares del mundo, se casó tarde con una joven de la aristocracia madrileña, un matrimonio corto porque ella murió en el parto de su primer hijo que tampoco sobrevivió al mismo. Todo ello pasó antes del golpe de Estado, al que Don Gustavo se refirió como el Alzamiento. Luego vinieron a por él en noviembre de 1936, no había nadie más en la casa esa noche que el servicio, los cuales relataron a la familia lo sucedido, no solo se llevaron a Don Fernando sino muchas de las cosas que había en la casa. No fue el único, durante los primeros días de noviembre del 36 muchos de los considerados adeptos al golpe recibieron la misma visita. Como notó rápidamente mi acento me preguntó por mi procedencia, le dije que mi madre había emigrado a Argentina y que de allí era yo, que estando muy enferma me había entregado la caja antes de morir. Debido a mi naturaleza de extranjera, sintió que debía explicarme la historia reciente de su país.

- No sé qué le habrá contado su madre, pero si llegaron hasta sus manos estos documentos es porque claramente estaba del lado Republicano.
- Bueno, mi madre hablaba poco de política y no le gustaba contar mucho de su vida en España.
- ¿Tiene algo que hacer esta mañana?

Le dije que no y me ofreció ir con él a dar un paseo en su coche. Volví a recordar a Carlos y sus advertencias de con quién hablaba y dónde me metía, pero la curiosidad era más fuerte y acepté la invitación sin dudarlo un segundo. El coche de Don Gustavo lo conducía un chófer alto y con cara de bonachón que respondía al nombre de Bautista. Salimos de Madrid por la carretera del aeropuerto y en poco menos de media hora nos desviamos a la altura de un río. Yo conocía poco la geografía española y no sabía ni el nombre del río ni de la zona en la que destacaban unos imponentes collados en los que en lo alto se intuía un pueblo. Llevábamos un rato por una carretera comarcal cuando el coche se

desvió a la derecha y paró. De repente me impresionó una enorme cruz blanca en uno de los collados y debajo lo que había parecía un cementerio, pero no uno al uso sino uno como aquellos que yo había visto que había en Francia por los caídos de la Primera Guerra Mundial. La mayoría de las cruces eran todas iguales, blancas y del mismo tamaño. La entrada tenía un cartel que decía: "Cementerio de los mártires". Yo seguí a Gustavo que entró saludando a un guardés que había a la derecha con su nombre de pila, daba la sensación que iba asiduamente al lugar. Cuando entré me pareció imponente la explanada, intenté hacer un recuento de las cruces pero las hileras se extendían y se perdían a ambos lados. Pronto se paró en una de ellas, era la misma cruz blanca y sencilla que el resto a la que se le había añadido una pequeña placa: "D.E.P. Fernando de Murrieta Gonzálbez". Don Gustavo se persignó y empezó a susurrar una oración. Cuando terminó solo añadió.

- En esos días mataron a 2.500 personas como mi tío, muchos de ellos no habían hecho nada más que tener un título nobiliario...

No supe qué contestarle, desconocía mucho de la guerra civil española y la mayoría de lo que me había llegado habían sido las matanzas indiscriminadas del bando franquista. Cuando volvíamos a Madrid pensé en el horror de la guerra, de las que se habían vivido y de la que estaba viviendo yo en mi propia carne. Y de pronto sentí envidia de don Gustavo, de tener un sitio a donde poder llevar flores a su querido tío, yo solo podía arrojar las mías al mar.

Biarritz, diciembre de 1936.

El abrigo de pieles le estaba un poco largo, era lo único que su madre no le había dado tiempo a arreglar esos días en que se tuvo que despedir de su barrio, de sus amigas y de su madre. Fue una despedida silenciosa llena de medias verdades. Se inventó un traslado a Valencia donde se había movido el gobierno de la República en noviembre. Su madre fue la que peor lo llevó, no entendía por qué no la dejaban en Madrid.

- ¿Pero tú has dicho que tu madre se queda sola?
- Sí mamá pero una no decide un traslado, estamos en guerra y tengo que ir donde me necesiten.
- Por favor, escríbeme seguido. Esto cada vez está peor, yo no sé cómo vamos a acabar. Menos mal que tu abuelo no está vivo que si no se me iba también al frente y me daba otro disgusto.
- No te preocupes mamá, estate tranquila, ya le he dicho a Lucila que se pase de vez en cuando a verte.

Lucila era la hija de una prima de la madre, tenía la edad de Dora y era todo lo que su madre hubiera querido de ella. Ya se había casado con un empleado de banca y estaba esperando a su segundo hijo, vivía cerca de ellas y venía muchos domingos a comer con su familia al piso de Guzmán el Bueno. A pesar de sus diferencias vitales las dos primas segundas se llevaban muy bien y se querían. Dorotea sabía que podía confiar en ella el cuidado de su madre. A Lucila fue a la única que le dijo que no se iba a Valencia, aunque no le contó mucho más. Solo le dijo que si conseguía enviar alguna carta sería a su dirección y no a la de su madre, le prometió que le quitaría el sobre y se encargaría de poner otro con una dirección de la capital levantina en el remitente.

El cruce a la zona sublevada fue mejor de lo que había imaginado. La dejaron en un punto de la sierra norte de Madrid una noche y consiguió llegar al primer pueblo controlado por el ejército enemigo. La historia que tenía que decir se la tenía muy bien aprendida, había conseguido huir de Madrid y tenía que llegar hasta San Sebastián donde se encontraba su familia. Esperó dos días en una posada para arrieros hasta que encontró a alguien que le llevase hasta Burgos y de allí consiguió un billete de tren hasta Pamplona y de ahí otro a San Sebastián. La gente preguntaba poco, se notaba que era una mujer de clase alta, sus tres maletas y sus ropajes lo atestiguaban, así como su aire distinguido. Cuando Dora se miraba al espejo se asustaba, no se encontraba a ella misma. Le parecía increíble cómo había conseguido camuflarse tan bien en su personaje, Beatriz García del Valle, era el nombre que mostraba su carnet de identidad. En Burgos, que se había convertido en la

capital de la otra España consiguió que le emitiesen los documentos acorde con la nueva legalidad vigente en ese territorio, tal y como el Sr. Artigas le había dicho que tenía que hacer, a partir de ahí y con la documentación nueva no levantaba ni la mínima sospecha.

Una vez en San Sebastián pasar a Biarritz fue sencillo, además de la cercanía de ambas localidades, muchas familias españolas de la alta sociedad tenían casas de veraneo en la localidad francesa. Al cruzar la frontera alegó que iba a pasar los días de Navidad con unos amigos españoles en Biarritz y al día siguiente estaba registrada en el Hôtel du Palais, un impresionante edificio a las orillas del Cantábrico que mandó construir Napoleón III para su esposa Eugenia de Montijo. Tal como le habían advertido, cuando llevaba un día en el hotel se pusieron en contacto con ella. Desde la recepción le dijeron que le había llamado un tal señor Pascal y que le había dejado la siguiente nota: "Té a las 5 en el Miremónt". Dorotea preguntó dónde se situaba y le dijeron que estaba a diez minutos a pie por la avenida Eduardo VII que cruzaba la ciudad. Subió a cambiarse y ponerse uno de los vestidos de la señora de Murrieta, su madre había hecho un trabajo espectacular cortando largos y ensanchando la cintura, nunca había trabajado telas tan ricas. Dorotea le comentó que la mujer de uno de sus jefes que le había cogido aprecio y se las había regalado. La madre no entendía como su hija anarquista de pronto quería ponerse esos trajes tan aristocráticos pero sabía que era mejor no preguntar demasiado, pensaba que no saber dónde se metía su hija era mejor que saberlo.

Una vez en la cafetería buscó la señal que le habían dicho desde Madrid. Un hombre con un clavel rojo en la solapa. Y allí estaba él sentado con un café y una porción del famoso *Gâteau Basque* que era el santo y seña de la imponente cafetería cuyo ventanal daba directo al mar.

- ¿Don Luis Pascal?
- Sí, soy yo, siéntate Beatriz.

A Dorotea todavía le costaba que le llamasen por ese nombre, tomó asiento y pidió un chocolate caliente. Toda la cafetería estaba adornada con motivos navideños, a la entrada se veía un enorme abeto lleno de pequeñas velitas, la chimenea del local estaba encendida y generaba un bonito ambiente hogareño.

- ¿Qué tal ha realizado el viaje?
- Ha sido largo, no sin algún contratiempo pero lo importante es que aquí estoy.
- Claro, eso es lo importante. ¿Ha traído la maleta?
- No, no pensaba que tuviera que traerla ya...pensé que este era solo un primer contacto.

A Luis la seguridad con la que hablaba Dorotea le tenía embaucado. Era una mujer de una belleza extraña, su tez olivácea la distinguía de la mayoría de las mujeres francesas de la sala, en su cara destacaban unos ojos verdes muy penetrantes. De formas más bien redondeadas pero proporcionadas no se había quitado el abrigo de pieles del todo como si estuviera esperando a entrar en calor o a irse corriendo. No le habían dado muchos datos de ella, sabía que trabajaba para el Sr. Artigas, que hablaba algo de francés y que había sido elegida por su buen trabajo en la Sección de Prensa Extranjera. Pero también le habían comentado su filiación anarquista y por ello le habían dicho que no comentase nada del lugar final del envío del paquete. Luis era mitad francés y mitad español y eso le había llevado a ser uno de los primeros agentes dobles del Ministerio, desde el verano había estado realizando trabajos como este en innumerables ocasiones, en algunos casos el agente nunca llegó a Biarritz. Pero sentía que esta vez era diferente y no porque fuera una mujer, muchas de las agentes con las que había tratado habían sido mujeres precisamente porque levantaban menos sospechas y servían mejor en este tipo de tareas. Empezaron a hablar de Biarritz, Luis no quería hablar en público de nada relacionado con la guerra, en la localidad había muchos españoles adeptos al bando sublevado y sabía que podían acabar fichados. Dora entendió rápidamente por dónde debía girar la conversación y siguió el hilo de la misma, había interiorizado tan bien su personaje que no le costaba hablar como una más de las mujeres que estaban sentadas en el lujoso café. Luis le gustaba, había algo en él que le atraía. En la organización de Mujeres Libres había algunas que consideraban que era mejor no tener relaciones serias con ningún hombre, su amiga Francisca comentaba que si te liabas con un anarquista estabas perdida, -hablan mucho de igualdad pero hasta a ellos hay que servirles dentro de la casa, mejor soltera Dorita, hazme caso- le advertía. Ella había tenido algún que otro escarceo amoroso con chicos del barrio, pero sus ideas libertarias rápidamente les ahuyentaban. Luis era mayor que ella y tenía un aire diferente a los españoles que había tratado, como si llevase mucho tiempo viviendo fuera. Cuando habló con la camarera comprobó que su francés era exquisito, ella lo había aprendido en la academia donde se preparó las oposiciones pero al llegar a Francia había notado que su acento español era terrible y que a pesar de que entendía casi todo lo que la decían, a ella le costaba bastante hacerse entender.

Después de llevar más de una hora charlando sobre temas sin especial importancia, Luis pidió la cuenta y salieron del café. El frío húmedo de las calles hacía que los adoquines del centro de la ciudad parecieran pistas de patinaje, Dora casi cae y Luis la agarró del brazo rápidamente, una vez en pie ninguno de los dos sintieron la necesidad de separarse y así siguieron caminando del brazo por la ciudad hasta que llegaron al Hôtel du Palais.

El calor del cuerpo de Dora atravesaba su abrigo de pieles y llegaba hasta él. Le gustó como olía, le recordó al olor a heno que había siempre que pasaba por Moncloa donde estaba la fábrica de las perfumerías Gal. Cuando llegaron a la recepción del edificio, Dora pidió las llaves de su habitación. Subieron en el ascensor decimonónico tapizado de terciopelo rojo y con una pequeña banqueta dónde se sentaba una ascensorista que manejaba los botones del aparato. Cuando entraron a la habitación ya era de noche, Dora encendió una pequeña luz que tenía en la entrada y se quitó el abrigo. Era una suite que tenía dos habitaciones, un salón y el dormitorio. Tal y como le había dicho el señor Artigas no debía reparar en lujos para no levantar sospechas, el pago con divisa extranjera le había ayudado mucho en su camino a Biarritz ya que el dinero de la República ya no valía nada en la mitad de España. Dora le ofreció algo de beber a Luis que pidió un whisky sin hielo, ella se sirvió un vermut. Una vez sentados Dora preguntó.

- Después de haberme jugado la vida cruzando media España me gustaría saber para qué van a servir las joyas de la señora de Murrieta...
- Bueno Dorotea, eso es, como muchas otras cosas en esta guerra, secreto de Estado. La República no está teniendo el apoyo internacional que imaginábamos, mientras que los militares golpistas rápidamente se han hecho con el de Italia y Alemania. Todo recurso es bueno para ayudar a la República.
- ¿Aunque sea robado?
- Me sorprenden esos escrúpulos viniendo de una supuesta anarquista.

Dora se calló durante un momento, a ella misma le había sorprendido la pregunta que le había hecho, creía que tenía unos principios muy sólidos forjados en las tardes con su abuelo y en las jornadas de concienciación de su organización donde leían y se instruían en los principios revolucionarios. Como buena anarquista estaba en contra de todo tipo de autoridad y deseaba que la guerra llevara a un cambio que la República no se había atrevido a conseguir, una República aburguesada que no había terminado con muchas de las reformas que había prometido. Pero las cartas que había descubierto en una de las cajas de la señora de Murrieta habían hecho que sintiera un cariño especial por ella y por su marido. No se olvidaba de su extracción social y del lujo en el que habían vivido a costa de otros pero sus sentimientos parecían tan mundanos que los hacían similar a cualquiera. Por otro parte, sentía un rechazo feroz a los comunistas que se estaban haciendo fuertes en el bando republicano y estaba segura que el botín iba a acabar en sus manos, no quería que la URSS acabara determinando el ritmo de la guerra. Dora se levantó y fue a por la maleta que le había acompañado durante todo el viaje, la puso encima de la mesa y la abrió delante de Luis. Dentro había cofres de distintos tamaños y colores, destacaba uno rectangular de gran formato. Luis lo abrió y en sus gafas apareció un destello, era una

tiara de diamantes, probablemente una joya familiar con la que se había casado la señora de Murrieta. Se levantó y se lo puso en el cabello oscuro de Dora, de repente la vio tan bella que no pudo reprimir darla un beso al que ella respondió.

- No deberíamos hacer esto- dijo Luis entre susurros.

- A esta supuesta anarquista le gusta desobedecer.

Madrid, primavera de 1982.

Estaba terminando de cocinar el almuerzo cuando Dora me gritó.

- Lili, ven corre que están hablando de Argentina en el telediario.

Cuando llegué vi la imagen de unos soldados jóvenes cagados de frío.

- Parece que han invadido las Islas Malvinas - apuntó Dora-.
- Los milicos acaban de sentenciar su pena de muerte, pero el suicidio es colectivo...mirá la cara de esos pives, son solo nenes, valientes estúpidos...
- Bueno Lili, igual así puedes volver a tu país...aunque yo te voy a echar mucho de menos.

Me sorprendió ese ataque de sentimentalismo viniendo de Dora. Era cierto que en los meses que habíamos convivido cada día la sentía más cercana pero también era verdad que su enfermedad iba avanzando a pasos forzados y eso incluía fuertes cambios de humor que hacía que no siempre supiera muy bien a qué atenerme con ella. Desde la visita al señor de Murrieta intenté seguir sacándola información de su vida sin mucho éxito. Las siguientes semanas estuve pegada al televisor. Los domingos seguía yendo a mi antiguo departamento. Era finales de mayo y ya la contienda estaba muy avanzada. Ese domingo fue especial, el ambiente era festivo. Todos teníamos la sensación de que algo iba a cambiar con esa guerra, lo que me sorprendía era que muchos de ellos la defendían a pesar de ser una decisión tomada por una Junta Militar asesina.

- Ojalá esos pives acaben con los ingleses de mierda y con los milicos a la vez- decía Carlos acalorado-.

A mi ese archipiélago que apenas era habitable por pingüinos me daba lo mismo, al igual que el patriotismo chabacanero que leíamos en la mayoría de los periódicos argentinos que llegaban a nuestras manos. Como vivíamos en España conocíamos que lo que se estaba contando en la Argentina era falso, que iban perdiendo la guerra irremediablemente. Cada uno de nosotros hablaba de qué hacer luego, llevábamos tantos años con la esperanza de volver que ahora que lo veíamos tan cerca nos daba miedo. ¿Qué nos íbamos a encontrar allí? ¿Cuántos de los nuestros ya no iban a estar? ¿Cómo nos iban a tratar los que se quedaron y no pudieron escapar? Todas esas preguntas estaban en nuestras mentes sin atrevernos ninguno a pronunciarlas en alto. Sonó el teléfono.

- Lili, es para ti, una señora que se llama Lucila.

Desde que no vivía con ellos no estaba acostumbrada a recibir llamadas allá, pero recordé que en su día le había dado el teléfono a la prima de Dora por si había cualquier imprevisto y tenía que irse antes de lo acordado a su casa. Imaginé que sería algo así y que me tendría que volver dejando la discusión política y los sueños de retorno para el siguiente domingo. Cuando llegué al teléfono noté la voz de Lucila rota.

- Dora ha sufrido un derrame, se la han llevado al Clínico, ven cuanto antes.

Los siguientes días no me separé de la cama de Dora, hablé por teléfono con la hija que me dijo que iría en cuanto pudiera porque el médico no le había dado muchas esperanzas de recuperación. Dora había recuperado un poco la consciencia y hablaba a ratos palabras sueltas en las que se mezclaba el francés y el español. Una de las tardes me susurró algo.

-¿Estás ahí Lili?

-Sí Dora, dime.

- Lili quiero que te quedes con la caja verde que hay en el cajón de mi mesilla de noche, úsalo para comprar el billete de vuelta a tu país.

No sabía de lo que me hablaba pero me dio miedo apropiarme de algo que no me pertenecía.

- Dora, todo lo suyo será de su hija...

- Deja a mi hija en paz, ella no lo necesita.

Después de eso no conseguí que dijera más, el aparato al que estaba unida a través de cables empezó a pitar y rápidamente llegó una enfermera que me mandó salir de la habitación. De allí la llevaron a la UCI y falleció esa misma noche. La hija llegó al entierro. Fue en el cementerio civil de Madrid donde estaba su querido abuelo anarquista del que me hablaba tanto cuando paseábamos por el Parque del Oeste. Cuando volvimos a casa la hija me preguntó qué iba a hacer.

- Bueno, parece que las cosas están cambiando en mi país, espero pronto ir a encontrarme con mi hijo.

- ¿Tienes un hijo?

- Sí, Germán, ya tiene cinco años y apenas le conozco, ya no aguanto más estar acá, necesito volver.

De entre las cartas que llevé a Gustavo Murrieta había una que no pertenecía al lote. Probablemente Dora la había metido allí para esconderla. En el remitente venía una dirección de Ciudad de México y estaba firmada por un tal Luis. En la misma se dirigía a Dora. Estaba fechada a finales de 1939. La pedía, más bien la suplicaba que cambiase

de parecer y se fue a vivir con él a México y lo más importante hablaba de Olimpia como su hija. Saqué la carta de un cajón del mueble donde la había guardado y se la entregué.

- Creo que esto te pertenece, parece que tu madre se murió con muchos secretos sin contar.

Olimpia abrió la carta y la leyó varias veces, se sentó en el sillón donde su madre leía y me pregunto.

- ¿De dónde sacaste esto? Mi madre siempre me dijo que mi padre era un francés que murió en la resistencia en contra de los nazis, según ella no teníamos trato con su familia porque nunca aceptaron que se juntase con una española.
- La carta estaba entre otras muchas que tu madre me hizo llevar a un tal Gustavo Murrieta, cartas antiguas que no sé muy bien cómo llegaron a las manos de tu madre. Igual tu padre puede ayudarte a saberlo...

Vi que le cambió el rostro al escuchar la palabra padre, acababa de inaugurar su orfandad y recién le aparecía un nuevo progenitor en su vida. No teníamos la carta que le habría contestado Dora, pero probablemente no quiso una vida a la sombra de un importante cargo de la República en el exilio. Quería decidir ella su vida y así lo hizo hasta el día de su muerte. Esa tarde recogí mis cosas, me despedí de Olimpia y me fui a dormir a mi antiguo departamento. Mi habitación la habían alquilado a un chico chileno también exiliado así que me quedé a dormir en el sofá del living. Cuando ya estaba casi dormida sentí a Lucio entrar y sentarse junto a mí.

-Hola negrita, ¿te hacé un poco de compañía?

En realidad desde que llevaba en casa de Dora echaba mucho de menos mis encuentros con Lucio, no había sido consciente de lo bien que me había hecho esos años. Siempre los había considerado meros contactos físicos dentro de la tragedia que vivíamos ambos. Esa noche sentí que no quería separarme de ese abrazo, que me quería dar la oportunidad de ser feliz en esta nueva etapa que se abría. Desperté entusiasmada y le dije muy convencida.

- Compremos pasajes para la Argentina Lucio, vayamos allá, empecemos de cero, ayudemos a reconstruir el país, intentemos crear algo bello, estoy harta de tanta miseria, de lágrimas acumuladas, quiero ser feliz, vos me hacés feliz.

Lucio me miró atónito, él sabía que siempre había sido difícil romper ese escudo que iba conmigo y que parecía que no me hacía sentir. Se notaba que me adoraba desde el principio, aún a sabiendas de que lo nuestro tenía muy pocas posibilidades de prosperar.

Estaba siempre la sombra de Daniel. Enterrar a un compañero desaparecido no era fácil. No hay duelo cuando no hay cuerpo y no se pueden cerrar las heridas y seguir sin esa certeza.

- ¡Estás loca! ¿De dónde vamos a sacar la plata para eso? Pero me gusta eso de que sos feliz a mi lado...
- Lo de la plata dejámelo a mí. Lo importante es que pueda contar contigo.
- En cuerpo y alma Liliana.

En ese momento, recordé la caja de color verde que tomé de la mesilla de noche de Dora. Tenía unos pendientes de esmeraldas y diamantes y una pequeña medalla con la foto de la mujer que había visto en el retrato de Fernando de Murrieta. Cuando vi lo que era y a quién le había pertenecido tuve la tentación de ir a ver a Gustavo y devolvérselo pero recordé las palabras de Dora antes de morir: "Ella no lo necesita", refiriéndose a su hija, lo mismo habría pensado de Gustavo. Miré a Lucio y sentí que una voz dentro de mí me decía: -Dale Lili, viví- y simplemente le hice caso.